

QUEBRACHO HERRADO Y LA MUERTE DE MARCO AVELLANEDA

NARRADOS POR UN TESTIGO PRESENCIAL

Lavalle ha abandonado la ciudad de Santa Fe, perseguido por las fuerzas del general M. Oribe. Busca la incorporación de Lamadrid. El 26 de noviembre “hubo de verse envuelto por las fuerzas de Oribe, en un momento en que se detuvo a refrescar sus exhaustas caballadas. El 28 llegó a los montes del Quebrachito. Allí no estaba Lamadrid”. Este, —en efecto,— al no verlo aparecer en Romero —lugar donde se habían citado— se dirigió hacia la Herradura (1).

El desencuentro colocó a Lavalle en el difícil trance de enfrentarse con sus únicas tropas al ejército federal. Su tropa —acosada por la sed y el cansancio— “se quedaba profundamente dormida sobre el pasto”. El ejército marchaba a discreción de los baqueanos y hacía alto cuando éstos se lo indicaban (2). “El objeto más importante durante nuestra marcha por el desierto, era el de imponerse al aproximarse a las pequeñas lagunas, que inmediatamente se agotaban por la afluencia instantánea de los animales y gente sedienta”. El 28 de noviembre, después de haber caminado doce leguas, el ejército se acercó a la laguna de Quebracho Herrado: “estaban exánimes por falta de alimento y agua”. Se vió entonces que el enemigo se disponía a entrar en batalla. Lavalle ordenó desplegar a sus batallones y escuadrones. El histórico y decisivo encuentro iba a tener lugar (3).

Las tropas de Oribe —en efecto— no perdían pisada al enemigo. Su situación real distaba mucho de ser cómoda. La infantería demostraba gran cansancio por “la violencia de las marchas y de la sed”. El *Diario*, escrito por el Capitán Salvador García, Ayudante del Gene-

(1) ADOLFO SALDÍAS, *Historia de la Confederación Argentina*, t. III, pp. 197 y 198, Buenos Aires, 1911.

(2) TOMÁS IRIARTE, *Memorias. Historia trágica de la campaña libertadora de Juan Lavalle*, pp. 146 y sigs., Buenos Aires, 1949.

(3) *Ibid.*, pp. 153 y sigs. Consúltese: FÉLIX BEST, *Compendio de historia de las campañas militares argentinas más importantes realizadas desde 1810 hasta nuestros días*, t. II, pp. 88 y 89, Buenos Aires, 1933.

ral Oribe durante la implacable persecución del general Lavalle, nos proporciona a este respecto una información minuciosa y ordenada de los hechos y de las impresiones que ellas le produjeron. He aquí el relato del capitán García: (4)

“A las 4 de la tarde el enemigo ya se encontraba en completa derrota. El general López (D. Juan Pablo, Gobernador de Santa Fe) —estando desde mucho tiempo atrás en mala inteligencia con los generales Oribe y Pacheco— en el momento en que comenzaba la carga de Caballería, se separó del campo de batalla con algunos santafecinos y sin querer tomar parte en la acción contramarchó para Santa Fé.

“D. Manuel Oribe había sabido atraerse a su devoción al Coronel Andrade y Soraire que eran los principales Gefes santafecinos; por manera que el General López no pudo contar en la retirada con la brava división santafecina que aquellos dos Gefes mandaban.

“Después que Lavalle vió desecho su Ejército y consideró infalible su derrota se acercó al General Garzón [tomado prisionero en Santa Fe] y demas gefes y oficiales prisioneros y le dijo —General— está hechada la suerte. El general Oribe es vencedor, no tengo objeto en mantenerlos por más tiempo prisioneros ni hacer a V. V. que me sigan en mi derrota— y llamando al Doctor D. Rufino Varela le encomendó que acompañase al general Garzón y demás oficiales prisioneros hasta la línea enemiga y que presentandolos al General Oribe se suplicase [¿de?] su parte, tuviese alguna consideración con los prisioneros que acababa de tomar, como él la había tenido con los Gefes que le devolvía”.

“Esa noche se degollaron una porción de Gefes y entre ellos al Doctor Varela a quien asesinó el Mayor Martinez (5).

“Pero nada me conmovió tanto como la muerte de un Carranza a quien tuvieron que arrancar de los brazos de dos hijas que estaban en el convoy y á las cuales él había corrido á reunirse apenas concluyó la Batalla. La mayor de las niñas que tendría 5 años exclamó cuando lo fueron á buscar allí. ¡No mi tatita, lo llevarán por que me lo van á degoilar!—y así fué á pocos pasos de allí.

“Horroroso era el cuadro que presentaban las numerosas familias prisioneras —a quienes Lavalle habrá levantado del pueblo de San Pedro.

“Más de 200 carretas habían sido amontonadas en el lugar en que las encontré.

“Los indios pampas fueron los primeros que llegaron a ellas —y

(4) Parte de lo escrito por el Capitán S. García está en clave. El personal técnico que dirige mi excelente amigo Juan E. Pivel Devoto, historiador prestigioso y erudito de vastos conocimientos, a quien debo el conocimiento de este importantísimo documento, lo ha descifrado en su casi totalidad.

(5) ADOLFO SALDÍAS, *op. cit.*

embriagándose desde luego con las bebidas que tenían las carretas de los vivanderos, cometieron allí toda clase de torpezas— luego empezaron a llegar todos los demás soldados del Ejército... Al cerrar la noche... todo el Ejército disperso (como dejo dicho) recorría desordenadamente el Campo de Batalla matando á todos los heridos que encontraban del enemigo.

“Al oscurecer y hasta el siguiente día el tiroteo que producían aquellos hombres era espantoso y sin gran peligro no podía uno tenerse de pie por las balas que le enviaban disparadas unas sin objeto y otras sobre los heridos. Por manera que del enemigo solo se pudieran contar muertos. Nuestros heridos mismos, perecieron algunos del mismo modo y otros o casi todos de sed yendose en sangre pues no se procuró recojerlos y en campo de batalla se conservaron hasta el día siguiente que fueron algunos encontrados por los soldados.”

“El ejército desesperado, no podía sujetarse la sed que devoraba a los hombres los hacía correr como locos.”

“Muchos murieron de sed antes y en el acto de la Batalla y en los momentos que escribimos han perecido mucho mas prisioneros, mujeres y niños especialmente.”

“Estas infelices familias tan dignas de compación son en la mayor parte personas decentes que siguieron el destino de sus Esposos e hijos.”

El 29 el Ejército federal —obligado por la sed “que mataba los hombres y caballos” —reinició la marcha. El 30, siendo las doce del día, acamparon en las islas del Tío donde, al final hallaron agua: “era de ver como las numerosas caballadas de arreo y las mismas que cabalgabamos conocieron la aproximación á el agua desde una distancia de media legua por lo menos, precipitándose a carrera [h]acia la dirección en donde el arroyito se encontraba.”

“Hasta ese momento habíamos tenido varios casos de muerte por la Sed— y llegados a la agua se recomendó mucha precaución para beber, sin embargo hubo algunos accidentes y más que todo mucha pérdida en las caballadas que no pudieron contenerse y bebieron mucho hasta reventar.”

.....

“Considerable es el número de soldados enfermos por los efectos de la sed, sobre todo por el barro que muchos de ellos tragaban para apagarla y que se les endureció en los intestinos”.

El 7 de diciembre el Ejército federal se desplazó rumbo a Córdoba.

El ayudante de Oribe anota:

“La calor es excesiva. Los campos son malísimos y el agua peor. Los prisioneros —Gefes, oficiales y soldados marchan a pie descalzos

“y ensangrentados desnudos y deshechos de cansancio — sin tabaco y hambrientos — apenas pueden seguir la marcha, arrodillados y empujados como una majada de carneros, ¡Triste es su suerte!”.

Doce días después, el 19, penetraban en la ciudad de Córdoba embanderada y con los balcones coronados de señoras que victoriaban a las tropas y las cubrían con flores y agua aromatizadas a tal extremo que “parecía aquello una fiesta de Carnaval”.

Dejando atrás el Alto de los Molinos y la Cañada de Areco, la fuerza federal acampó en la costa de las totoritas, teatro de un serio incidente entre Oribe y Pacheco, a consecuencia de habersele señalado a éste un campo malísimo donde debía estacionar su División: “Hombres hay replicó el General Pacheco, que no tienen empacho en mandar un Ejército y sin embargo son incapaces de dirigir la marcha de un escuadrón. Contestación dura en la cual el General Pacheco demostró toda una expresión de desprecio, mientras el General Oribe bajó la cabeza y por entonces no fué acometido por la Cólera que distingue todos sus actos con los que le obedecen”.

En marcha fué lanceado Manuel José Leyra y degollados el Teniente Coronel unitario Soto y un pardo. Poco después eran lanceados otros prisioneros.

El día 7, Oribe mandó ejecutar a bayonetazos a otros dos prisioneros: “Presencie aquel cruel género de muerte en un Ayudante Mayor y un Sargento que martirizaron de aquel modo á las 8 de la noche... El célebre mor Martínez fue el Ejecutor è como de costumbre”. El 9 le tocó el turno a “un Juez de Paz y su amanuense”.

El 18 de enero, hallándose en Pampa del Gato, los oficiales cívicos de Córdoba fueron entonces distribuidos en varios Cuerpos y ejecutados a las ocho de la mañana, con excepción de uno. “Habiendo dejado escapar algunas palabras el General Garzón. Palabras que manifestaban repugnancia contra semejante acto de crueldad— un tal Silva, se lo dijo al General Oribe quien hizo llamar conmigo al General Garzón y le apostrofó y amenazó por haberlas vertido”.

Junto con el Ejército, marchaba la *Comisión pacificadora* de unitarios, presidida, dice el Capitán García, por un “cordobés ansioso de enriquecerse llamado *Silva*. No se duerme. Clasifica a cada paso de unitaria a una familia tras de cuyo fallo, se le quitan las haciendas, confiscan las casas y degüellan al Gefe de la familia si lo pescan”... “Escusado, es decir que las familias federales, no sin alguna escepción son la hez de la sociedad cordobesa”.

El 9 de septiembre de 1841, a las seis de la mañana, Oribe dió alcance a su enemigo y comenzó la batalla de Famaillá. El choque duró “muy poco pero la persecución fué tenaz hasta las 8y $\frac{3}{4}$. La mortandad por parte del enemigo fué horrorosa”. Oribe “mandó ejecutar en

su presencia los oficiales que le entregamos rendidos. Cayeron degollados entre las patas de su caballo...; todo cuanto cayó en poder del General Oribe en clase de oficial fué degollado y no se movió del campo de batalla sin haber ultimado a todos los Gefes y Oficiales rendidos. Fué uno de ellos el Coronel Bordas que traje en Ancas, desnudo...".

Días después, el 20 de septiembre, la falange federal acampó en el Rincón de Ugarte donde recibió prisioneros tomados en la ciudad de Tucumán. El 21, Oribe mandó efectuar una gran degollina: "Fueron pasados a cuchillo, todos los soldados prisioneros cordobeses y correntinos que se encontraron que pasaban de 350 hombres".

La persecución continúa por Vizcacheral, Portezuelo de Tapia, Chañar Pozo, Trancas, río Tala y Portezuelo. Se hallaban en el Arenal (28 de septiembre) cuando el Edecán de Oribe recibió un parte escrito con lápiz, del Comandante unitario Sandoval el "hombre más mimado de Lavalle y del mismo Avellaneda de quien era Jefe de su Escolta", con el objeto de "entregarle [a Oribe] el Gobernador Avellaneda". La propuesta fué aceptada sin vacilar "a cambio de una recompensa como Sandoval" lo exigía. Sandoval sublevó a la fuerza que acompañaba a Avellaneda en su retirada. Luego se adelantó y cruzándose en el camino le dijo: "Dése V. preso que voy a entregarlo al General Oribe".

El 3 de octubre, Oribe llegó a Metán. El día antes lo hizo Sandoval con su ilustre prisionero y otros compañeros de éste entre los cuales se hallaba el coronel Videla. Sandoval se presentó montado en el caballo del prisionero y vistiendo las espuelas, la gorra bordada y un poncho bordado en oro también de pertenencia de Avellaneda. En el acto, Oribe ordenó a Maza levantarse una "ridícula información sobre el Gobernador", tales son los términos empleados por el propio Ayudante de Oribe. Pero nada puede reemplazar la trágica descripción de la ejecución del joven e infortunado Gobernador. He aquí el terrible relato:

Avellaneda "fué interrogado por Maza que le había hecho subir "cuasi desnudo sobre su Galera. El Gobernador estaba descalzo, en "vuelto en una frazada de picote y sentado tranquilamente sobre la "entrada de la Galera de Maza, este lo interrogaba y Avellaneda con "testaba con entereza y moderación —Poco después— fueron ejecutados "los seis del modo siguiente: seis soldados con sus cuchillos en mano les "cortaron la cabeza estando de pie— los cuerpos cayeron, el de Avella- "neda, con la cabeza completamente separada se afirmó en las manos "apenas cayó y por largo rato estuvo como quien anda a gatas. —Mien- "tras tanto su cabeza separada y tomada por un soldado de los cabellos "hacia las más extrañas gesticulaciones: los ojos se abrian y serraban "girando de izquierda a derecha y viceversa y hechando miradas de "frente sin apagarse, mientras el labio inferior se colocaba muchas ve-

“ces debajo de los dientes con un movimiento tan natural y poco forzado como cuando la hira nos hace contraer de ese modo la boca”. “La cabeza vivió de este modo 2 minutos y el Cuerpo mismo despues de estar inmóvil, presentó otro fenomeno de vitalidad — Un tal Bernardino Olid, Capitán allegado al General Oribe y uno de los hombres mas feroces y carniceros sacò el cuchillo y observando la blancura y delicado cutis de Avellaneda: “De este cuero dijo quiero una manea y dando un tajo a todo lo largo del cuerpo del decapitado señaló la piel haciendo correr por el lomo lentamente el cuchillo: “el Cadáver se enderezó nuevamente apoyado en las palmas de las manos y hasta donde le es posible a un hombre vivo levantarse en esa aptitud, se mantubo por mas de tres minutos — finalmente Olid corrió nuevamente el cuchillo y sacò la lonja para su manea, el Cadáver ya no se movió”.

“El cuerpo de Avellaneda fué despedazado, así fueron los demás esa noche — Melgar, Alvarado, Arizaga, Golfarini y otros jugaban con los miembros de Avellaneda y muchos fueron a colocar debajo de la cabecera de alguna de las mujeres del Ejército, un pie, una mano, una pierna, o el miembro viril de Avellaneda, a tal estado había llegado la familiaridad con estos hechos horrosos, y si se agrega que todo esto divierte al General Oribe se alcanzará a comprender donde iremos a parar — Ya los soldados fríen mais con grasa humana... ¡Qué nos falta para ser antropófagos, muchos han comido de la grasa de Avellaneda: pero esto lo an hecho muchas veces— Y no se diga que Borrachos, aquí ni se venden vevidas espirituosas, ni hay mas embriaguez que la sangre vertida ya por gusto por placer”.

“La Cabeza de Avellaneda ha sido acomodada por Maza y el General Oribe, en un Cajón con cal y remitida a Tucumán”.

En cuanto a Sandoval, éste no disfrutó mucho tiempo el fruto de su traición. El 12 de abril de 1842, el Ayudante de Oribe, anotó en su *Diario*: “Sandoval cometió despues de estar con nosotros un asesinato en la persona de un vecino que no le quiso dar dinero. El coronel Andrade degollò a este malbado y sus cómplices”.

Justo castigo para tanta perfidia y tan horrible traición.

RICARDO R. CAILLET - BOIS